

UN PAPA PARA TODOS LOS CANALES

La cobertura que los medios de comunicación de todo el mundo dieron a la muerte del papa Juan Pablo II evocó a algunos comentaristas la profecía, atribuida a Malraux, de que «el siglo XXI será religioso o no será». Pero ¿cuál de los 30 siglos que han dejado registro escrito no ha sido religioso? El ilustrado XVIII, quizá; pero sólo superficialmente. Como muchos ateos, el propio Malraux era profundamente religioso. Sabía que la ciencia no puede establecer vínculos entre las personas; que las relaciones entre la conciencia humana son imaginarias (o inexistentes). La resurgencia de las pasiones sacramentales a final del siglo XX sólo debería sorprender a quienes adoptaron el ingenuo credo del siglo XIX de acuerdo con el cual el progreso de la ciencia y la tecnología eliminarían la superstición y las creencias; que la religión era un mero residuo que el futuro se encargaría de borrar.

Ni las normas jurídicas ni los intereses económicos bastan para crear una colectividad consistente, un sentimiento de pertenencia o de destino compartido. Se requiere un principio unificador, ya sea divino o humano, sobrenatural o mitológico; un principio necesariamente superior al plano contingente en el que vivimos. «Qué sería de nosotros –preguntaba Paul Valéry– sin el socorro de lo inexistente?» Esto es lo que significa comunión, un término neutral, ni bueno ni malo; una declaración de facto. Las religiones reveladas no han hecho sino proporcionar una versión tardía, marginal desde el punto de vista histórico. El Dios único y personal surgió hace 2.500 años. El primer cementerio conocido, primer indicio de creencia en lo invisible, tiene 300.000 años. Es lo sagrado –ya sea laico o confesional, histórico o sobrenatural– lo que es universal; no las escrituras, el dogma, el clero, la revelación.

Lo que subyace al actual brote de religiosidad es la búsqueda de comunión: la alegría de unirse, la felicidad de fundirse, hombro con hombro, en una multitud conscientemente estructurada. Las carencias ceremoniales de nuestra sociedad posmoderna provocan un vacío que hay que llenar. Los filósofos de los pasados cincuenta años –individualistas y libertarios, antitotalitarios y liberales– han tendido a describir esta euforia como una banalidad desagradable. Hablan de derechos, sexos, lenguaje,

libertad, valores, pero nunca de fraternidad. El comunismo es una palabra malsonante, por no hablar de la madre patria o del partido. Los ritos cívicos disminuyen. Quedan los deportes y el Papa, junto con los conciertos de música pop, como minisustitutos para los jóvenes, o las sectas, para las almas perdidas. El entierro del Papa –simplemente como espectáculo, sin ninguna adhesión personal a la ceremonia– dio a cada espectador la oportunidad de saciar esa nostalgia de comunidad, a escala planetaria. ¿Qué otra cosa podría competir?

Es inevitable que una religión misionera despliegue los medios que tiene a su alcance. En ese sentido, la Iglesia católica lleva siendo ultramoderna desde el siglo II: el pergamino, la imagen pintada, el legajo, el compendio, la vidriera; «la Biblia de los idiotas», decía Gregorio VII hablando de la vidriera, no de la televisión. La idea era usar la debilidad de los hombres, su mirada, lo mejor para salvarlos. En la era de la imprenta, la grafosfera puso en primer plano a las reformas protestantes, basadas sólo en las escrituras. «Después del Papa, el papel», dijo Victor Hugo. Pero tras el papel, en la era de la pantalla, el Papa. El advenimiento de la videosfera ha hecho milagros para una religión sensitiva, rica en rituales. Pero el símbolo guarda un parecido peligrosamente cercano al ídolo. En lugar de venerar lo invisible a través de su imagen visible, es la propia imagen la que se adora. El ídolo se convierte en tótem; la doctrina, en un guión. Juan Pablo II fue un consumado papa-actor, fuertemente dotado para representar una escena. Al santificar en directo en la pantalla a su mayor adalid, la videosfera se ha sacralizado.

También el propio Papa era una pantalla, un espejo para las proyecciones de deseo. Pero tras él se han acumulado las fracturas: menos sínodos y conferencias episcopales, una vigilancia extrema de la investigación teológica, una crisis del ecumenismo. La conducta y la doctrina no siempre van unidas; pueden mantener una relación esquizoide. Ya sea en la Iglesia o en el Estado, la hipervisibilidad del Jefe siempre tiene una función autoritaria porque cortocircuita los cuerpos intermedios. La regencia de la televisión amplía esta tendencia. La verdad ya no hay que encontrarla en las escrituras o en la institución, sino en la persona del Jefe.

Pero las religiones que están conquistando el mundo hoy, el islam y el neoprottestantismo, no tienen Iglesia, líder, pompa ni ceremonia; a menudo carecen de una ostentación visual. Ofrecen un código de conducta diario en lugar de tradición teológica; una cercanía y accesibilidad que las hace más cálidas y personales que el catolicismo. El espectáculo sólo rige la sociedad del espectáculo; la vida y el significado están más allá. El mundo, menos China, India, los países islámicos y el bloque ortodoxo, no es más que un universo parcial. Polonia e Italia no son el ombligo del planeta. Si durante un día o dos pueden convertirse en el centro de una red planetaria de imágenes, se debe sólo a que de esa manera Occidente puede conseguir que lo confundan con todo el mundo; el milagro de la hegemonía.